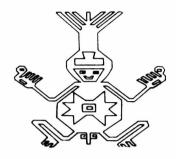
SESION INAUGURAL



Homenaje de la Sociedad Chilena de Arqueología a Hans Niemeyer Fernández

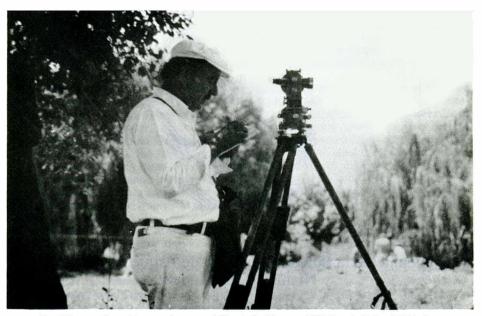
CARLOS ALDUNATE DEL SOLAR

La Sociedad Chilena de Arqueología me ha encomendado la grata pero difícil misión de dirigirme a Uds. con motivo del homenaje que estas instituciones rinden en este acto al arqueólogo Hans Niemeyer Fernández. Digo que se trata de una labor grata por ser no sólo uno de los más merecidos homenajes que nuestra sociedad rinde tradicionalmente a sus miembros más distinguidos, sino también por tratarse del profesor y amigo, estimado y respetado por colegas, alumnos, profesores, arrieros, científicos y trabajadores sin distinciones. Difícil es, sin embargo, referirse a este hombre polifacético que, guiado por una irresistible pasión por lo desconocido, un afán de aventuras, pero con rigurosa disciplina, ha descollado en diferentes actividades como ingeniero, arqueólogo, geógrafo, profesor, editor y explorador.

Como creemos en las ciencias sociales y en el resultado de encadenamientos históricos, trataremos de buscar las raíces de esta personalidad. Su familia paterna exhibe notables ejemplos de personajes abiertos a diferentes formas del conocimiento y con profunda sensibilidad artística, todos de trayectoria académica. Hay teólogos de nota que son a la vez poetas; jurisconsultos que se dedican a la música, famosos internacionalistas apasionados por la historia. Su padre, en cierta forma rompe esta tradicción pero transmite a Hans ese espíritu aventurero que lo hizo viajar y conocer el Africa, cruzar mares y llegar a América, donde formó familia en el puerto de Coquimbo. La maleta metálica que llevara don Carlos Niemeyer por estos continentes es el acompañante obligado en todas las expediciones de Hans y constituye el mejor testimonio de esta herencia paterna.

Este espíritu reflexivo pero sediento de nuevas experiencias, es la base de las inquietudes del niño que tomaba diariamente el tren para ir al colegio de Coquimbo a La Serena; es el que toman y cultivan aquellos educadores de antaño, los de la época de oro de la educación chilena en el Internado Barros Arana donde Hans gana una beca. Allí conoce a sus maestros el filósofo Luis Oyarzún, el artista Carlos Pedraza; son sus inspectores Jorge Millas, Nicanor Parra y tantos otros profesores que no sólo se preocupaban de impartir los programas obligatorios, sino que verdaderamente enseñaban a conocer. La huella de estos maestros fue tan profunda en Hans, que con el tiempo transformaría a la docencia en su actividad predilecta.

La profunda admiración que Hans sentía por el hermano de su madre, el ingeniero don Alberto Fernández Reyes, lo lleva a escoger su misma profesión, pero la invariable atracción por las exploraciones y quizás el recuerdo de las excursiones con su padre por la cordillera, lo



Hans Niemeyer F. en el levantamiento topográfico de Cuchipuy, en 1980. Foto de Helmuth Schindler.

hacen tomar esta carrera con un gran énfasis en el trabajo de campo, especializándose en hidráulica. Entre muchos de sus compañeros, fue seleccionado para su primera campaña de campo, que integra como topógrafo. La convivencia con profesores de la talla de don Humberto Fuenzalida y con naturalistas que también participaban de la expedición, también deja firme impronta en el recién egresado de ingeniería. Probablemente los minuciosos y descriptivos detalles que Hans relata en sus diarios de terreno, su preocupación por el medio ambiente, la flora y fauna tengan sus orígenes en aquella primera expedición patagónica y en el ejemplo de su hermano, el destacado biólogo Hermann Niemeyer, Premio Nacional de Ciencias. En sus salidas a terreno, Hans recoge especímenes de insectos y plantas para entomólogos, naturalistas, colegios y museos y hace su propio insectario. Su interés por este rubro del conocimiento, lo lleva a incorporarse a la Academia de Ciencias Naturales, presentado por don Jorge Iribarren. Allí conoce a los académicos Gualterio Looser, Hugo Gunckel, Nibaldo Bahamonde, los sacerdotes Dratter y Gundbayer. Niemeyer sucede a Looser en la Secretaría de la Academia, cargo que desempeñó durante varios años, cumpliendo además el papel de editor de las actas de esta prestigiosa institución. Creo que en la formación de Hans juega un importante papel su interés por la biología, geología y demás ciencias naturales. Esta calidad ha sido reconocida por científicos, los que le han dedicado nuevas especies, tales como el Psectrascelis niemeyeri, un tenebriónido de río Pulido descrito por el entomólogo Luis Peña, y un reciente descubrimiento de un antiguo ciervo de los pantanos de Quereo que el paleontólogo Rodolfo Casamiquela describió y denominó Antifer niemeyeri.

Cuarenta y dos años han transcurrido desde aquella primera expedición a la Patagonia. Desde entonces, Hans Niemeyer se transforma en un incansable viajero que recorre, usando cualquier medio de transporte: vehículos motorizados, caballos, mulas, burros o a pie, las cuencas de todos los ríos de Chile, desde Azapa a la Isla de Tierra del Fuego y desde las empinadas y agrestes nacientes hasta su lenta desembocadura en el Pacífico. Esta experiencia única no sólo lo ha transformado en el mejor conocedor del país palmo a palmo, sino que además, le ha permitido escribir las monumentales obras Hoyas hidrográficas de Chile e Hidrografía de Chile, que constituyen hitos en la geografía e hidrología del país.

En una de estas innumerables prospecciones efectuadas en el Valle del Huasco, a comienzos de la década del 50. Hans Niemever conoce al recordado director del Museo de La Serena, Don Francisco Cornely, quien lo inicia en la arqueología regional, y le da información bibliográfica, que es aprovechada años más tarde en la primera excavación que Hans realizara en la Quebrada del Durazno. Aquí, el novel arqueólogo ya había detectado unos montículos de piedra, los que excava con la ayuda de sus dependientes, expertos pirquineros de la zona, detectando por primera vez enterratorios en túmulos de la cultura El Molle. Ya en esta experiencia, Hans hace un completo levantamiento topográfico de planta y perfil de la excavación, probablemente la primera en su género dentro de la arqueología nacional. Su experiencia de campo en ingeniería haría de Hans uno de los arqueólogos más preocupados de las metodologías de excavación; su formación de naturalista lo dotó de esa precisión por la descripción detallada y minuciosa tanto de las etapas de la excavación como de cada contexto. Su acentuada disciplina, respeto por la ciencia y su sentido de responsabilidad lo llevaron a publicar desde sus primeras experiencias de Chuschampi y Camarones, en el Valle del Huasco, completando hasta el momento más de sesenta publicaciones en esta materia. Las campañas de exploración y prospección de recursos hídricos, se complementan con este nuevo interés que perdurará mucho más que la ingeniería, transformándose en la actividad más importante que Hans realiza hoy, cuando se encuentra en su mejor momento de producción intelectual.

En 1961, Niemeyer realiza las primeras prospecciones en las terrazas de Conanoxa, Valle de Camarones, intuyendo la riqueza cultural de esta localidad. Conoce al miembro de la sociedad Francisco Fonck, Dr. Virgilio Schiappacasse, el que le es presentado por Julio Montané. El material de Conanoxa, también atrae a Schiappacasse, y es invitado a participar en la primera excavación que allí se realiza en 1962. Allí nacía la profunda amistad, aquella comunión de intereses y complemento de habilidades que hacen de ambos el binomio de arqueólogos chilenos que ostenta más publicaciones conjuntas y que trabajan unidos hasta hoy, en ese mismo Valle de Camarones, por más de veinte años. Hans aporta su entusiasmo, capacidad de organización, metodología de excavación, sabrosos y contundentes diarios, su aptitud y facilidad innata para escribir. Virgilio la profundidad de análisis, erudición antropológica y conocimientos teóricos, a la vez que la rigurosidad y perfección en los dibujos que hace en el diario de Hans. Ambos sintetizan sus experiencias con la reflexión conjunta sobre los problemas planteados.

De lo que va corrido en los trabajos antropológicos de Niemeyer, debemos destacar algunos temas en los que se advierte una constante preocupación, y que a la vez, han representado aportes significativos para la arqueología nacional.

Es así como salta a la vista la dedicación permanente que Hans ha entregado al estudio del arte rupestre que existe dentro del país. Probablemente, la frecuente asociación de estas expresiones artísticas a cursos de agua en las nacientes fluviales, que el ingeniero hidráulico debía recorrer en sus campañas de exploración, hicieron que dedicara atención preferente a estos restos culturales. Prácticamente no existe sitio de arte parietal que no haya sido observado, registrado y estudiado por Hans, ya sean ellos las pictografías y geoglifos del imponente Norte Grande, los millares de petroglifos ubicados en intrincados laberintos montañeses de los valles del Norte Chico, o en las torrenteras de la cuenca del Maule, hasta llegar a las antiguas policromías de la Región Patagónica. Hasta el momento, Hans ha sido el único en ensayar un estudio conjunto de estas manifestaciones artísticas, intentando definir estilos y sugiriendo la adscripción de éstos a las diferentes etapas de desarrollo cultural regionales. En este sentido se debe destacar la obra publicada en conjunto con la Dra. Grete Mostny, denominada "Arte rupestre chileno". Esta labor sigue su camino cada vez que se presenta una ocasión propicia, ya sea por el fin de semana o algún feriado aprovechable, Hans organiza expediciones a la cordillera a revisar o prospectar nuevos sitios, acompañado de su inseparable Selva, a veces con Lotte Weisner y siempre con sus queridos arrieros, a los que considera verdaderos maestros en las disciplinas de la naturaleza y de la vida.

La historia del fértil Valle de Copiapó, también es deudora de Hans Niemeyer. Desde sus inicios como arqueólogo, los valles de esta región atrajeron su atención, detectando la presencia en ella de El Molle con cementerios de túmulos y más tarde, registrando una aldea de esta cultura. El intenso dominio incaico de este valle no escapa al estudio del arqueólogo. El espectacular asentamiento minero de Viña del Cerro, el centro administrativo de La Puerta, el

registro de Tambos y el recorrido de las rutas construidas por el Inka en la región han ocupado gran parte de sus expediciones, en las que han intervenido su hijo y compañero Walter, el infaltable arriero Sixto Aróstica y últimamente, su colega y colaborador Miguel Cervellino. El período colonial temprano también ha merecido la atención del investigador de los valles de Huasco y Copiapó que concentran más de una decena de publicaciones de nuestro autor y aún aguardan otras tantas.

Los trabajos de Niemeyer sobre el período arcaico en su región natal y en el Valle de Camarones han aportado un cúmulo enorme de antecedentes, indispensables para cualquier estudioso de este tema. La pareja Niemeyer-Schiappacasse con los infaltables colaboradores Silvia Quevedo, Patricio Urquieta e Iván Solimano aún deben entregar inapreciables datos para la historia de las adaptaciones costeras preagrícolas. La sola mención de un sitio —El cementerio de Punta Teatinos— con una ocupación sostenida de varios miles de años y del cual se han recuperado más de doscientos esqueletos con inmejorables condiciones técnicas y metodológicas, representa una gigantesca tarea por cumplir. No dudamos que la monografía de Camarones, a la que se han dedicado veinticinco temporadas de campo y más de una docena de publicaciones también será asumida por este grupo, con la misma rigurosidad y sentido de responsabilidad que hasta ahora han demostrado.

Una cualidad de Hans que se debe destacar, es su sentido emprendedor y organizativo, así como la firme voluntad de llevar siempre a cabo sus propósitos, ya sea esto en el campo de la profesión de la ciencia o de otras empresas en que ha intervenido. Esto cobra especial interés en esta reunión pública y solemne de la Sociedad Chilena de Arqueología. No podremos olvidar el importante papel que debemos a Hans, junto a Lautaro Núñez en la creación y organización de esta sociedad, surgida del Congreso de Arqueología Chilena, realizado en San Fedro de Atacama. Desde ese momento, ha sido el motor y el espíritu de esta sociedad científica, habiéndose desempeñado como su presidente durante 16 años y como director hasta hoy. Es así como parte importante de la organización de los congresos que celebramos se le debe, así como nos es de elemental justicia reconocerle su eficiente y porque no decirlo, abnegada labor editorial, realizada en beneficio de la arqueología chilena. Desde que don Gualterio Looser le pidiera ser corrector de pruebas de la Revista Universitaria, allá por 1961, Hans toma esta revista en sus manos durante varios años, en la que da generosa acogida a artículos antropológicos. Con infinita paciencia y dedicación y varias veces incluso con cargo a sus propios fondos, Hans editó y publicó seis actas de sendos Congresos Nacionales de Arqueología. También ha editado algunos números de otras revistas como los Estudios Arqueológicos, boletines del Museo de la Serena y del Museo Nacional de Historia Natural.

Hemos dejado para el final el referirnos a la actividad que Niemeyer considera como su predilecta, una verdadera vocación de vida. Se trata de la enseñanza y formación de jóvenes a los que ha dedicado más de 40 años de su vida. Desde que asume la ayudantía de don Carlos Mori en la Escuela de Constructores Civiles allá por 1944, comienza una verdadera carrera docente ininterrumpida en diferentes especialidades e instituciones. Anotamos la Escuela de Minas de La Serena, la Escuela de Ingeniería y la Escuela de Geomensores de la Universidad de Chile, donde asume la Cátedra de Hidráulica Agrícola y después es nombrado profesor de Hidráulica Aplicada, en el Instituto de Geografía de la Pontificia Universidad Católica de Chile; en el Centro de Estudios Antropológicos y después en el Departamento de Arqueología de la Universidad de Chile donde enseña Topografía aplicada a la arqueología y Prehistoria de Chile, cargos docentes que aún conserva. En esta actividad, que él considera como su vocación irrenunciable a entregar las experiencias vividas, Hans sintetiza su pasión por la aventura, la rigurosidad del método, su compromiso científico con la verdad, su enorme experiencia fundamentada en bases naturalistas y humanas, todo ello contagiado por su enorme afecto a la juventud. Para los que hemos sido sus alumnos no nos será fácil olvidar el contagioso entusiasmo trasmitido por Hans en sus clases, salpicadas de anécdotas y profusamente ilustradas con diapositivas, sin aburrirnos con detalles descriptivos y morfológicos, para los cuales entregaba una exhautiva bibliografía que era exigida en los controles. Nunca podremos apreciar a cabalidad su infinita paciencia para enseñar complicados logaritmos, senos y cosenos en las clases de topografía para arqueólogos, que se nos hacían soportables únicamente por ser Hans el profesor.

No podríamos terminar estas palabras que malamente han tratado de resumir los aportes de Niemeyer a la arqueología, sin referirnos a su principal colaboradora. Una expedición efectuada en 1947 a Chile Chico, cuando Hans tenía 26 años y la prolongada permanencia en sus interminables pampas por más de ocho meses, son los responsables de su matrimonio con Selva Rubilar, hija de uno de los pioneros colonizadores de esos apartados lugares y de doña Luisa Rabanal, primera directora de la Escuela de Chile Chico, que hoy lleva su nombre. Desde ese momento, Selva se convierte en compañera inseparable de Hans, jefa de campamento, alarife, cocinera y ayudante en las expediciones, acompañante paciente en los congresos científicos y amiga de sus amigos. Los que estamos aquí reunidos sabemos que este homenaje que hoy se rinde a Hans Niemeyer se extiende y es justa y generosamente compartido por su mujer.

Arica, 5 de agosto de 1985